Lo que los españoles no ven

Una mirada rusa a las reglas invisibles de España

PRÓLOGO

Lo más difícil de ver es lo que siempre estuvo delante de ti

Mi primera guerra en España duró treinta minutos y la perdí yo sola, sentada en una terraza, con un café que se enfriaba a la misma velocidad que mi paciencia.

Había quedado a las cinco. A las cinco y cuarto, nada. Le escribí. La respuesta llegó enseguida, luminosa, tranquila, sin el menor rastro de culpa:

«Estoy llegando».

Respiré. Vale. Está llegando. En mi cabeza —una cabeza fabricada en Siberia, calibrada en Moscú— «estoy llegando» significaba algo muy concreto: la persona está a dos calles, quizá a tres, ya ve la terraza, ya casi distingue mi cara. Es un gerundio. El gerundio, según me habían enseñado, describe una acción que está ocurriendo.

Lo que yo no sabía todavía es que en España «estoy llegando» puede describir una acción que está ocurriendo en el plano espiritual. Aquel hombre, mientras escribía «estoy llegando», estaba saliendo de la ducha. Puede que ni eso. Puede que estuviera mirando el armario, decidiendo qué camisa ponerse, sinceramente convencido de que aquello ya formaba parte del trayecto.

A las cinco y media me levanté, dejé el dinero del café sobre la mesa y me fui. Le escribí un mensaje seco, de esos que en Rusia se consideran simplemente informativos y aquí se consideran una declaración de hostilidades: «La reunión queda cancelada».

Y entonces pasó lo verdaderamente interesante.

No se enfadó. No se disculpó, o no exactamente. Me respondió con un desconcierto tan genuino, tan limpio, tan libre de ironía, que años después todavía lo recuerdo palabra por palabra:

«¿Pero por qué te vas? Si te he dicho que estaba llegando».

Ahí está. Léelo otra vez.

Él no mintió. Esto es lo importante. No era un maleducado, ni un caradura, ni un caso perdido. En su mundo, todo había funcionado correctamente: había avisado, estaba en camino —en el sentido amplio, filosófico, casi poético de la expresión— y la que había roto las reglas era yo, esa extranjera rígida que convertía media hora en un asunto de honor.

Dos personas. Las mismas palabras. Dos realidades que no se tocaban en ningún punto.

Yo estuve semanas contando esa historia como prueba de que aquí nadie respeta el tiempo de los demás. La contaba indignada, esperando complicidad. Y los españoles se reían. Todos. Pero no se reían de la situación.

Se reían de mí.

Con cariño, eso sí. Pero de mí.

Y nadie —ni uno solo— fue capaz de explicarme por qué «estoy llegando» no significa estar llegando. La respuesta era siempre la misma, encogiendo los hombros, con esa naturalidad desarmante:

—Pues... es que es así. No sé. Nunca me lo había planteado.

Nunca me lo había planteado.

Si este libro tuviera que resumirse en una sola frase, sería esa.

Cuando llegué a España estaba convencida de que lo más difícil sería el idioma. Me equivoqué en la dirección más inesperada: el idioma llegó rápido. Primero palabras sueltas, después frases, después conversaciones enteras, y un día me descubrí pensando en español sin recordar cuándo había cruzado esa frontera.

El verdadero problema empezó justo entonces. Justo cuando ya entendía todo lo que la gente decía.

Porque entonces comenzaron las preguntas. No las prácticas, las de la burocracia y los horarios. Otras mucho más pequeñas y, precisamente por eso, mucho más difíciles. ¿Por qué cuesta tanto decir un «no» directo? ¿Por qué una comida empieza siendo una comida y termina siendo una reunión familiar, una terapia colectiva y la planificación improvisada del siguiente fin de semana? ¿Por qué alguien puede pasarse media hora despidiéndose en una puerta, con el abrigo puesto, repitiendo «bueno, venga, me voy» sin dar un solo paso?

Cada vez que preguntaba, obtenía variaciones de la misma respuesta.

«Es normal.»

Durante mucho tiempo pensé que esas respuestas escondían falta de curiosidad. Después comprendí que escondían exactamente lo contrario: escondían algo tan profundo que ya no se podía ver. Nadie analiza el aire que respira. Nadie se pregunta por qué camina como camina. Es imposible cuestionar aquello que te acompaña desde antes de que aprendieras a hablar.

Y quizá ahí esté el mayor truco de cualquier cultura.

No necesita convencerte de que tiene razón.

Le basta con conseguir que olvides que existe.

Poco a poco entendí que lo interesante de España no estaba donde yo lo buscaba. No estaba en las imágenes de postal, en todo eso que los folletos prometen y que los propios españoles miran con cierta pereza. Lo verdaderamente interesante sucedía en lugares mucho más discretos: en cómo se rechaza una invitación, en cómo se pide perdón sin haber hecho nada, en esa necesidad casi instintiva de justificar un simple «hoy no puedo», como si un «no» sin adornos fuera un objeto punzante que no se puede entregar en mano.

Detrás de cada uno de esos gestos había una regla. Una regla que nadie había escrito, que nadie enseñaba, que nadie podía explicar —y que absolutamente todo el mundo cumplía.

Reglas invisibles.

Invisibles no porque estén ocultas, sino porque forman parte de vosotros. Las repetís tantas veces que dejan de parecer decisiones y empiezan a

parecer sentido común. Crecéis dentro de ellas igual que se crece dentro de un idioma: un día resulta que ya lo habláis con absoluta naturalidad, sin recordar haberlo aprendido.

Yo tampoco soy una excepción, y conviene decirlo cuanto antes. Porque mientras intentaba entender a los españoles, me ocurrió algo que no había previsto en ningún plan —y yo, lo tenía todo previsto en algún plan—. Cada vez que una costumbre española me irritaba, aparecía inmediatamente una pregunta mucho más incómoda: ¿y por qué a mí esto me irrita? ¿Quién decidió que mi manera de entender el tiempo, la amistad o la sinceridad era la lógica, la neutral, la que no necesita explicación, mientras que la vuestra sí?

Aquella tarde en la terraza yo estaba segura de haber presenciado una falta de respeto. Hoy sé que presencié otra cosa: el choque de dos sistemas de reglas invisibles, ninguno de los cuales sabía que existía.

España empezó a convertirse en un espejo. Amable unas veces, incómodo otras, pero siempre sincero. Descubrí que cuanto más entendía a los españoles, mejor entendía a los rusos. Y cuanto mejor entendía a los rusos, más cosas encontraba dentro de mí que llevaban ahí toda la vida sin que yo las hubiera mirado ni una sola vez.

No he escrito este libro para explicar España. Sería una pretensión ridícula: ningún país cabe en un libro, y menos uno capaz de discutir durante horas sobre si la tortilla lleva cebolla y aun así terminar la noche riéndose alrededor de la misma mesa.

Tampoco lo he escrito para deciros quiénes sois. Lleváis siglos construyéndoos, contradiciéndoos y reinventándoos; no necesitáis que venga una rusa con una libreta a poneros nota.

Lo he escrito porque descubrí algo mucho más interesante: hay cosas que solo se vuelven visibles cuando alguien las mira desde fuera. No porque el extranjero vea más, ni porque sea más listo. Al contrario. Simplemente todavía no ha aprendido a considerarlas normales.

En estas páginas encontrarás las reglas invisibles de este país tal y como las fue descubriendo —a veces a golpes, a veces entre carcajadas— alguien que venía de un mundo con reglas exactamente opuestas. Encontrarás por qué «estoy llegando» no es una mentira, por qué «ya veremos» no es una respuesta evasiva, por qué «normal» aquí es un elogio y por qué la felicidad, en España, no se deja para el fin de semana.

Y encontrarás, capítulo a capítulo, algo que ninguna guía cuenta: que todas esas costumbres que os parecen simplemente la vida tienen una historia, una lógica y un porqué. Que nada en este país es casualidad, aunque todo lo parezca.

Ojalá, al cerrar la última página, mires tu propia manera de vivir con los ojos con los que un extranjero mira un país desconocido. Porque quizá el viaje más difícil no consista en cruzar una frontera, sino en descubrir que también tú estás lleno de costumbres que nunca habías visto.

Y tal vez esa haya sido la verdadera pregunta desde el principio.

No cómo son los españoles.

Sino cuántas cosas dejamos de ver —todos— simplemente porque siempre estuvieron delante de nuestros ojos.

¿Y ahora qué?

Si has llegado hasta aquí, quiero darte las gracias.

Este primer capítulo es solo el comienzo. Las preguntas más interesantes todavía están por llegar.

En los siguientes capítulos descubrirás por qué muchas costumbres que hoy parecen completamente normales tienen una historia, una lógica y un significado que rara vez nos detenemos a cuestionar.

Porque entender una cultura no consiste en aprender datos. Consiste en empezar a ver lo que antes era invisible. Ese ha sido mi mayor aprendizaje viviendo en España.

Y espero que también pueda ser el tuyo.

Si este primer capítulo despertó tu curiosidad, me encantará que continúes este viaje conmigo.

👉 Continuar leyendo el libro completo

Gracias por estar aquí.

Un abrazo,

Irina